

corona, Napoleón se la tomó bruscamente de las manos para coronarse por sí mismo en contra de todas las promesas que había hecho, siendo su objeto dejar bien sentado que no debía su poder a nadie sino a sí mismo. Esta inquieta fantasía de advenedizo siempre preocupado con establecer sus títulos no podía menos de herir profundamente al Papa que había venido de Roma a París para ese coronamiento del que no parecía sino que se le juzgaba indigno. Protestó contra el cambio introducido en el programa; hizo saber que si el *Moniteur* contaba el hecho tal como había pasado, se vería en la necesidad de recordar que se le había faltado a la palabra que se le había dado. De aquí el silencio por mucho tiempo inexplicable que guardó el diario oficial sobre esta solemnidad y los incidentes que lo señalaron.

Prolongó el Papa su permanencia en París durante varios meses. Tuvo, pues, ocasión de ver cuanto se había engañado contando con el reconocimiento de su terrible protegido. El servicio que le había prestado, y del que se exageraba mucho su alcance, había exaltado tanto sus esperanzas que acabó por jactarse de obtener del gobierno francés el abandono completo de las libertades galicanas, la restitución al clero de las actas del estado civil y la adopción del catolicismo ya no como religión privilegiada, sino como religión del Estado. Pero el acogimiento que se hizo a sus pretensiones expuestas en una serie de memorias que fueron redactadas por el cardenal Antonelli, disipó prontamente las ilusiones del Santo Padre; rebatió mucho de sus pretensiones que fué reduciendo sucesivamente, poco más ó menos, al objeto de las promesas un poco vagas que le habían sido hechas para decidirle al viaje de París. Pero si aún en este momento no se creyó indispensable adquirir con él un compromiso firme, menos aún se encontraban dispuestos ahora á ello cuando ya no le necesitaban. Portalis respondió punto por punto á la memoria del cardenal en ese estilo lleno de dulzura y de unción del que había aprendido el secreto ocupándose de los negocios eclesiásticos; prodigó á la corte de Roma muchas bellas frases y agua bendita de corte, pero nada más. El único éxito que obtuvo en París el Papa fué el restablecimiento del calendario gregoriano que se hizo algunos meses más tarde, y la retractación de los obispos constitucionales que debió únicamente al encanto y amenidad de sus maneras.

Rechazado Pío VII en el terreno de las pretensiones religiosas, no temió aventurarse en el de las reivindicaciones territoriales en el que aún tenía

menos probabilidades de triunfar. Dirigió personalmente á Napoleón una *Memoria* en la cual, después de exponer todas las pérdidas que había sufrido la Santa Silla, la insuficiencia de sus rentas, las expropiaciones de que había sido víctima por parte del Directorio «gobierno que gracias al mérito y al valor de Napoleón ya no existía,» le conjuraba «que imitase el acto espontáneo y célebre por el cual Carlomagno entregó á San Pedro todo el patrimonio que ya le había dado su padre Pepino, y que habían invadido los lombardos, es decir, el exarcado, la Pentapolis, con la adición de otros patrimonios y particularmente los ducados de Spoleto y de Benavento.» Esta vez fué Talleyrand quien estuvo encargado de despedir al piadoso solicitante. Hízolo con miramientos infinitos y con las más devotas seguridades. «Es Dios mismo quien ha elevado al emperador al trono y prescrito los límites de su poder. El emperador debía respetar los límites que Dios había trazado...» «no podía disminuir el territorio de un Estado extranjero, que al confiarle el cuidado de gobernarlo, le habían impuesto el deber de protegerle...» «sin embargo, aguardaba ocasiones para extender los dominios del Santo Padre.»

Para juzgar de la sinceridad de los escrúpulos que impedían al emperador disponer del territorio italiano, no tenía el Papa que recordar más que la cesión de Venecia á Austria y la de la Toscana á España. Para edificarse sobre la fe que merecían esas promesas, no tenía más que recordar las que habían precedido al Concordato; el pasado le garantizaba el porvenir. Napoleón era más sincero cuando hacía presentir al Papa una intención que no es inverosímil en modo alguno atribuirle ya por este tiempo, ya que á ella volvió más tarde: consistía en ofrecer al Papa ora Avignon, ora un palacio en París, con grandes ventajas pecuniarias á condición de que se fijara en Francia. La facilidad con que se había burlado de la corte de Roma era la más á propósito para exaltar esas esperanzas fuera de todo límite, pero olvidaba que no había sido tan complaciente más que por ambición, que no le perdonaría el haberla engañado, y que de ahora en adelante sería tan desconfiada cuando antes había sido crédula y dócil. Imaginábase haber deslumbrado y fascinado para siempre al débil Pío VII, cuando no había hecho más que lastimarlo hasta en las más pequeñas cosas. Es necesario leer en Consalvi las amargas quejas de esos sucesores de los apóstoles con motivo de la *mezquindad de los presentes* del emperador, destinados, dice, «á probar el

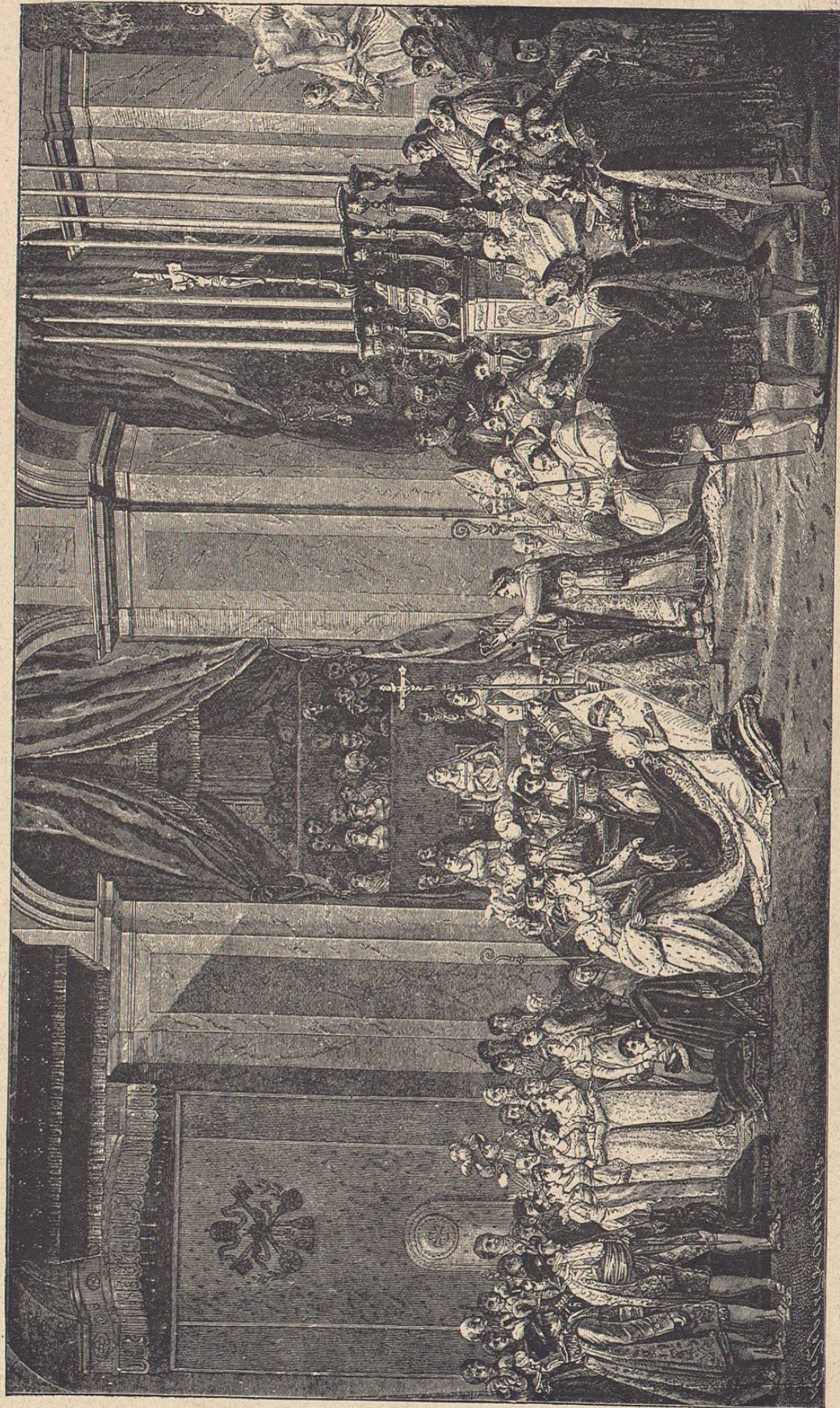




poco valor de aquel á quien se ofrecían,» y la enumeración de «esos dones espléndidos que fueron descritos en los diarios pero que no llegaron jamás á su destino.»

El Santo Padre abandonó á París ulcerado el corazón. Tal fué el resultado del viaje que había emprendido imponiendo silencio al grito secreto de su

conciencia, y tal vez guiado «por un motivo religioso,» como dicen sus panegiristas, pero de seguro en vista de un interés perfectamente terrestre. Marchó, pues, llevándose un ardiente deseo de tomar su revancha, deseo inspirado igualmente por un motivo puramente religioso, pero al cual no fué la política del todo extraña.



CORONACION DE NAPOLEON I (Cuadro de David)

